





migos fatales que le han arrastrado á la muerte los que le afirmaban que sí; que podía ser lo que nosotros demostrábamos con razones que herían como el rayo que no; que no podía ser.

«Don Carlos no puede seguir siendo rey de Portugal.»

Así comenzaba el artículo. Abi están los hechos diciéndolo á gritos.

La leona de Juan Franco.

En el número correspondiente al 26 de Julio decíamos:

«Un loco en el poder.—El doctor Arthur Letao, médico afamado portugués, ha publicado un folleto que está haciendo gran ruido en el vecino reino.

Prueba en él, con testimonios científicos de gran fuerza de convicción, que Juan Franco, el dictador portugués, es un epiléptico por ley de herencia. Sus padres, sus tios, todos sus parientes próximos, cuya historia pone de manifiesto Letao, tuvieron carne de locura.

Nosotros no necesitamos hacer esos estudios para estar convencidos de que en efecto Juan Franco es un hombre en demencia. Sólo un loco es capaz de emprender á botelladas con el honor, la justicia, la libertad, la prensa, el Parlamento, todas las fuerzas morales, en suma, que consustancian la vida de un pueblo, y eso es lo que está haciendo Juan Franco con Portugal.

Y como los ataques de locura de ese demente han causado ya varias muertes en Portugal, se impone sujetarle con una camisa de fuerza y meterle por siempre detrás de hierros.»

En ese mismo número consagrábamos varios artículos á las peripecias de la lucha entablada entre Juan Franco y el pueblo portugués. El que se titulaba «El miedo de Juan Franco», terminaba con estas líneas:

«Nuestro bárbaro González Bravo, de la misma madera de Juan Franco, no llegó á tanto. Sin embargo, reventó en la emigración al lado de su reina destronada, que había contribuido á derribar con sus furiosos dictámenes.

Franco reventará también.»

En el Senado.

Testimonio del vivo interés con que seguimos el desenvolvimiento de los sucesos de Portugal, fué la pregunta que Odón de Buen, redactor de nuestro periódico, dirigió en el Senado al Gobierno llamando á éste la atención sobre la gravedad de la política de Juan Franco y preguntando á nuestro ministro de Estado cuál sería la actitud de España, en el caso de que aquella política insensata provocara una revolución en el país vecino.

El ministro de Estado contestó diciéndolo categóricamente, que España no interpondría para nada en la política interior de Portugal.

Con ocasión de aquel debate, nuestro periódico publicó varios artículos patentizando que el absolutismo proclamado por D. Carlos al rasgar la Carta constitucional, no podía prevalecer en Portugal. Entre las pruebas que aducíamos estaba la noble, soberana actitud del anciano presidente del Senado, Augusto José da Cunha, diciendo no, no y no, y declarándose republicano.

Para la turba que conoce á los portugueses, pero que no conoce el alma portuguesa, síquel desgarrar de la dignidad, del honor, de la gloria del pueblo portugués, podía pasar. Para nosotros no. Por eso habíamos con lengua clara, alta, contundente.

De entonces acá no hemos abandonado el tema. El último número, donde nos revolvíamos áridos contra Juan Franco pidiendo á la prensa nacional y extranjera que le declarase guerra sin cuartel, es el postrer testimonio del interés capital que veníamos prestando al asunto y de los nobles esfuerzos que hemos hecho para contener con nuestros gritos de protesta y de cólera al dictador portugués que irrastraba con su política malvada al rey á la muerte y á Portugal á un precipicio.

Ahora ya, cuando la cosa no tiene remedio, todos gritan, todos claman, y los mismos periódicos sesudos que ayer pintaban á Juan Franco como el defensor del orden social en Portugal; hoy, día en que llega aquí la noticia de la catástrofe, le condenan y le execran á una voz.

«Se que si todos esos periódicos liberales toman la actitud de LAS DOMINICALES y combaten virilmente la dictadura y al dictador, se obligan al rey á meditar sobre el asunto y á detenerse en el camino que le conducía á la muerte, cambiando de ministro»

Puede ser que sí. La prensa tiene hoy inmensa fuerza y por eso Juan Franco ha cuidado de ganársela extendiendo mentiras sobre mentiras en Europa, para hacer creer que nada ocurría en Portugal. Sin duda alguna las debilidades de la prensa europea no han dejado de contribuir á la perdición del rey de Portugal.

Y ahora gimotean tanto sobre su cadáver!

Tenemos derecho indubitado á decirlo á todos después de esa gran lección de hechos: creídos.

Lo veis claro como la luz: no hay nada que sea fuerza cuando se trata de decir grandes verdades útiles á los hombres, ni amenazas, ni halagos, ni ruegos de los obsecados ó que viven engañados y sugestionados. Os decimos de un hombre: «ese es malo; ese os engaña»; podéis estar absolutamente ciertos de que os decimos la verdad.

lo que hay de más respetable, de más grande en la civilización actual. Toda garantía de derecho ha desaparecido en Portugal para quedar sólo en pie la voluntad de ese monstruo.

Todo se puede presumir y tomar de un hombre para el cual mentira y verdad, justicia é iniquidad, bien y mal, han venido á ser palabras sin sentido, porque ha perdido la noción de la conciencia.

«Guerra á ese bárbaro perseguidor! Guerra al dictador Juan Franco!»

«Todos contra el tirano de la prensa portuguesa!»

Por deber de compañerismo, los periodistas de todos los países deben defender á los insignes Chagas-Borges contra el asqueroso Franco, saltador del derecho y de las libertades portuguesas.»

Pues bien; la fuerza de los sucesos, viniendo á sancionar la justicia de nuestro clamor, ha sido tal, que hoy no es ya la prensa, es el mundo entero el que responde á nuestra excitación gritando «¡Abajo Juan Franco!»; es la propia reina viuda que le dice señalándole los cadáveres de su esposo y de su hijo: «¡Esa es tu obra.»

«¿Dónde está, dónde, quien nos supere en energías para desmascarar la maldad y defender la justicia?»

Bías de las informaciones de la prensa seria.

Eran las ocho de la noche del 1.º del actual, y leíamos en un periódico de la mañana el artículo que vamos á reproducir.

Amantes coleros de la verdad, estrujábase el periódico conforme avanzábamos en la lectura, diciéndonos interiormente: «¡Pero es posible que así se abuse de la credulidad pública!»

La ola de indignación portuguesa montaba tan alto que era preciso cerrar los ojos con empeño, decidido de no ver, para no advertirla. ¡Pero se podía escribir así para el público! (No se exponía el periódico á tener que confesar la verdad con una noticia de efecto que los sucesos, absolutamente inevitables en el estado de la lucha, podrían traer de un momento á otro)

Y, en efecto, cuando nosotros leíamos el artículo, ya había acaecido la tragedia de Lisboa.

Véase, véase ese artículo inserto inmediatamente después del fondo:

«La situación en Portugal. En honor de la verdad.—Badajoz 31 (3 tarde).—Reexpido textualmente el interesante despacho que por correo me envía nuestro corresponsal en Lisboa. Suprimo algunas líneas en que, asombrado por ciertas exageraciones violentas hace valer su sinceridad de juicio. Los lectores de El Imparcial tienen demasiadas pruebas de su imparcialidad absoluta y de serenidad indiscutible.»

Dice así el despacho:

Es inaudito lo que ocurre en Portugal. Cuando aquí estamos tranquilos y seguros de que no vivimos sobre volcán alguno, la prensa española viene á informarnos con mayor suficiencia de la situación en que vivimos y nos hace saber todos los días terribles cosas de peregrina invención que habiendo ocurrido sobre nuestras mismas cabezas no habían llegado á nuestro conocimiento. Verdaderamente, estamos á punto de disculpar la que hemos combatido siempre como insigne torpeza: la monomanía de la censura, que es enfermedad incurable de todos los gobiernos portugueses, de todos, dictatoriales y libertadores. La prensa extranjera difunde por el país una alarma que no han logrado despertar los revolucionarios furibundos.

Portugal sigue tranquilo. Lisboa, Oporto, todas las capitales de importancia siguen su vida normal. Ni siquiera se nota ese retraimiento del público callejero propio de los días de motín. De las poblaciones pequeñas, es decir, del territorio entero, no digamos nada, porque en la mayoría de los sitios no se sabe que manda un dictador, ni que se agitan los republicanos, ni que hay republicanos, casi...

Que hay agitación, es indudable. Ya lo dije—y expliqué por qué la había—cuando hace poco traté de informar imparcialmente á nuestros lectores de lo que pasa y de lo que no pasa aquí. Hay agitación política, una de esas agitaciones que rara vez trascienden al pueblo. El pueblo, en Portugal, como en todas partes, quiere que le dejen vivir en calma y no se lanza locamente á aventuras en que está casi seguro de salir perdiendo. Podrá ser que el régimen actual no satisfaga sus aspiraciones ni sus conveniencias, pero teme que venga otro peor. Esto es, sencillamente.

Esta agitación política—en que tienen más parte que los mismos republicanos, muchos de los cuales sólo se inspiran en sentimientos románticos, los propios monárquicos que pisan el Palacio y reverencian al rey con sobrada frecuencia—se ha hecho lo bastante ostensible para que el gobierno trate de reprimir con tiempo sus efectos. Ha habido, pues, prisiones y registros (no deportaciones misteriosas, como aseguran los alarmistas ó alarmados españoles). Muchas de las prisiones no han pasado de detenciones gubernativas y los registros han confirmado plenamente que, de prepararse algo, era alguna algarada de género chico en que es imposible, en absoluto imposible, que hayan tenido parte hombres serios y dignos del republicanismo portugués. Aquí unos cuantos revólvers, allí un puñado de navajas ó puñales, en otro lado cuatro escopetas viejas... ¿Quién puede asegurar que con estos elementos se prepara una revolución política y no un motín de ruido á propósito para asustar á los medrosos?

Es claro que ciertos políticos querían de-

rribar á José Franco, ó por lo menos aterrorizarlo é intimidarlo al rey «antes de las elecciones». Pero conocido el juego, el gobierno puede, si quiere, continuar la partida á cartas vistas.

Uno de los acontecimientos que, por lo visto, explotan los alarmistas españoles, es el disturbio de hace dos días. Y véase lo ocurrido.

Desde el día 27 sabía «todo el mundo»—y las autoridades, al detalle—que el 28 por la noche se iba á hacer algo. Júzguese ya de la importancia de un movimiento que se anuncia con tal anticipación.

Todo se cumplió al pie de la letra. El 28 por la noche—por la noche para mayor solemnidad y misterio—unos cuantos grupos heterogéneos hicieron como que atacaban á varios puestos de policía y se ensañaron con agentes sueltos que cuidaban de la vigilancia de las calles. Los agentes se defendieron, pero inútilmente. Uno fué muerto y ocho ó diez heridos de más ó menos gravedad.

Los grupos se reunieron luego en la calle de la Escuela Politécnica y amagaron un ataque á la casa de José Franco. Se ha dicho que hubo una terrible batalla. Efectivamente, una terrible batalla en que no intervino un soldado. Bastó que la policía y la guardia municipal disparasen algunos tiros para que la muerte del jefe del gobierno, el destronamiento del rey y la sustitución del régimen quedasen aplazados—por falta de los revolucionarios—para mejor ocasión.

Se reunió el Consejo de ministros y juzgó que con algunas medidas de policía era suficiente para seleccionar á los revoltosos. Y se realizaron las que comuniqué oportunamente por telégrafo y correo.

Haasta aquí lo ocurrido y lo que ocurre. Los pecadores de río revuelto están desenfrenados; el pueblo, harto de que en su nombre se perturbe el orden público, para lo cual no ha autorizado á nadie, y el gobierno afirmándose, porque, con ser una mediana, la insensatez de los demás le reviste del sagrado papel de guardador de la paz y de los intereses de la nación. Y como profecía, podría aventurarse una: que todo esto cesará en cuanto se verifiquen las elecciones y se vean obligados á pechar con el resultado lo que ahora ven todavía posible la ocasión de sacar su cristo adelante.»

He ahí lo que se escribía en honor de la verdad para que el público durmiera seguro de que nada ocurriría en Lisboa, mientras el rey y el príncipe caían muertos á balazos.

Genismo de Juan Franco.

Ved como hablaba Juan Franco en el Senado el 7 de Noviembre de 1906:

«Ahora, Sr. Presidente, estoy de aquello muy arrependido (de la dictadura de 1895), porque más tarde adquirí la certidumbre de que ninguna ventaja, ningún resultado obtuvo el país de aquella dictadura, sea bajo el punto de vista del buen funcionamiento del sistema de gobierno representativo, sea bajo el punto de vista de su administración económica y su administración política.»

Tengo la franqueza de decir y la honradez de confesar, que mi error fué de tal orden y tal naturaleza, que me produjo la convicción de que ningún hombre público, en la posición en que yo estoy, debe recurrir á ese sistema.»

Y hombre que habla así establece una dictadura desenfrenada como jamás la conoció Portugal.

Ya le habéis visto imbecar su «franqueza» y su «honradez». No hay ruñán de los que engañan al pueblo que no emplee el mismo lenguaje.

Para España, esos efectos trágicos de la dictadura son una lección del más alto interés. Aquí pululan los partidarios de la violencia, convencidos como Juan Franco de que son salvadores del país.

Para nosotros, los que hemos condenado siempre con la energía más extrema toda idea de dictadura, viene ese ejemplo á darnos la razón con tal estruendo, que sólo los ciegos y los sordos pueden dejar de verlo y oírlo.

La dictadura es la infamia de una nación, y tras la infamia vienen el tumulto, el asesinato, el terror y la ruina de los pueblos.

DECRETO INFAME

Con fecha 31 de Enero apareció en Portugal un decreto infame.

Por él se condena á la expatriación y al destierro en las colonias mortíferas portuguesas, á todo portugués que estorbe al gobierno.

Suponemos que ese bárbaro atentado á todas las leyes jurídicas de nuestro tiempo, será derogado inmediatamente por el nuevo ministerio portugués.

VEREDICTO REGIO

Dice un telegrama de El Liberal: «¡Ah! tenéis vuestra obra!»

Lisboa 3 (8 n.)—Personas á quien tengo por bien informadas, por sus relaciones con dignatarios palatinos, me han referido que encontrándose la reina Amelia velando los cadáveres de su esposo y de su hijo penetró en la capilla ardiente Juan Franco.

PRELUDIOS DE LA CATASTROFE

El día 29 de Enero, Juan Franco hace encarcelar á varios portugueses eminentes, entre ellos Alfonso Costa y el vizconde de Ribera Brava.

El 30, suspende de una plumada cinco periódicos monárquicos: O País, O Dia, Correio da Noite, Diario Popular y O Liberal.

El 31, da el decreto infame, por virtud del cual, priva de toda garantía de seguridad á los portugueses, sustrayéndolos á la acción de los Tribunales y entregándolos á discreción del Consejo de ministros, que puede expatriarlos y deportarlos.

«No era eso una mecha incendiaria aplicada á la bomba que estalló al día siguiente?»

EL AUDAZ

Todo ese lujo de omnipotencia que ha desplegado contra el Parlamento, contra la Prensa, contra los Tribunales, contra la seguridad de las personas, contra todo lo más sagrado que hay en las sociedades modernas, era prestado. Lo debía á su rey. La confianza que en él había depositado don Carlos, era plena, absoluta, completa. ¿Dónde hubiera encontrado vidas un hombre de verdad para sacrificarlas por el soberano que descendiendo de su altura le había entregado á él, al gusano, el poder pleno de su soberanía y con él la custodia de su persona, de su dinastía, de su reino?

Lo elemental era, si en esa apariencia de ser racional se escondiera algún vestigio de hombre, que al llegar á su oído el ruido de la tragedia, corriera como un loco al lado del rey llevando un arma en cada puño para matar, matar á todo ser viviente que encontrara con indicios de haber agredido á su rey. Luego, luego... viendo que llegaba tarde y que su amo había cerrado los ojos por siempre, empujar aquellas dos armas, metiéndoselas en las sienes y disparárselas á la vez para caer muerto sobre el pecho que se había confiado á su lealtad.

Un arranque así de nobleza se ha visto en el infante, hermano del rey, duque de Oporto, que corre revólver en mano como un loco sobre su automóvil en socorro de su hermano.

Nada de eso se ha visto en Juan Franco, Juan Franco, cuando se ve sin el escudo del rey, roto á balazos; Juan Franco, el retador, el hombre de las audacias, el del bello gesto ponderado por sus cortesanos, huye, se arrastra agazapado y desaparece de la escena como el chacal amenazado por la punta del pie del domador.

El audaz que no se detiene ante el crimen, es eso, un Juan Franco.

¡Sólo la Virtud es valiente!

LA VERDAD DESNUDA

A última hora llegan á nuestro conocimiento estas declaraciones hechas por uno de los personajes monárquicos portugueses de más relieve:

«Salamanca 4 (11 m.)—El jefe del partido progresista disidente, Sr. Alpoim, que se encuentra en ésta desde el 30 del pasado Enero, rehuyendo una orden de detención que contra él se había dictado por disposición de Franco, ha hecho las siguientes declaraciones:

«A su juicio, el regicidio ha obedecido á un movimiento lógico é inevitable del alma popular, exasperada ante las arbitrariedades del dictador, erigidas en sistema de gobierno; los partidos políticos no han tenido en él la menor intervención.

No se ha visto otro medio de acabar con la dictadura de Franco, que había reducido al pueblo portugués á la condición de un rebaño, para el que no existía más ley que el capricho de un hombre.

Juan Franco ha sido, en su sentir, el que ha armado los brazos regicidas, haciendo que el rey prescindiera de las Cortes, encarcelando á los diputados, violando el domicilio y atentando á los más sagrados derechos del hombre para asegurarse la posesión del poder y entrar en condiciones de acabar con sus enemigos y dar satisfacción á sus pasiones.

Juan Franco, como todos los validos, no ha tenido en el momento de producirse la explosión motivada por su desatentado proceder el gesto noble de los que obran por convencimiento: ha llorado apelando á la compasión del pueblo.

El trágico acontecimiento es una prueba de que en un pueblo libre como Portugal el poder personal es impracticable.

El nuevo gobierno, que viene decidido á rectificar la funesta marcha del anterior, poniendo en vigor las prácticas expansivas de la libertad, contará con el apoyo de los liberales, pero no vivirá más de lo que tarde en quedar restaurada la normalidad de la vida pública, razón de su existencia.

El nuevo rey—terminó—reinará en liberal ó no reinará.

Esa es la verdad clara, pura, neta. Y ello resume cuanto nosotros dejamos escrito.

LUZ Y SOMBRA

Dice nuestro colega querido El Foreror Navarro, de Pamplona:

«Así se procede.—Un querido amigo nuestro y correligionario, D. Valeriano Duenas, vecino de esta capital, se ha hecho acreedor á nuestro aplauso por su firmeza de carácter en la defensa de los ideales que profesa.

Hace unos veinte días, dió á luz su esposa una hermosa niña, que fué inscrita en el Registro civil con el nombre de Palmira Acracia.

Enterado de ello el párroco de San Agustín, D. Modesto Pérez, comisionó al cura de la misma, D. Félix Unzué, para que, persnándose en la casa de nuestro amigo, procurara á todo trance apoderarse de la niña para bautizarla.

Fuó el referido cura, y con modales bruscos y palabras impropias de un sacerdote, quiso obligar á los padres de la criatura á que ésta fuera bautizada.

Si enérgico se mostró el cura, no menos enérgico se mostró nuestro amigo, y aquél tuvo que marcharse convencido de lo inútil de sus pretensiones.

Después volvió el cura, pero ya con modales más suaves y tratando por medios persuasivos de convencer á la madre de la criatura de lo necesario que era el bautismo para la salvación del alma, etc., etc., llegando hasta á decirle que podría llevar la criatura á la iglesia sin que se enterase su padre.

La madre se negó en redondo, diciendo que ella no acostumbraba á hacer nada á espaldas de su marido, con lo que dió una buena lección al cura, y así ha quedado la cuestión.

Sirva de ejemplo la entereza de carácter de nuestro amigo, á quienes profesando unas ideas, no se atreven á manifestarlas públicamente, dando así lugar á que escritores tan farisáicos como los del Diario de Navarra los calificquen de hipócritas.

Y reciba nuestro aplauso el Sr. Duenas. Es una insolencia insoportable la de esos señores clérigos. Nadie más que ellos tiene la desvergüenza de penetrar en el domicilio privado con la pretensión de imponer su voluntad á una familia.

¿Qué dirían esos insolentes, si un libre pensador respetable se introdujera en un domicilio con la pretensión de prohibir que se bautizara á un niño, diciendo á los padres que con ese acto condenaba á su hijo á entrar en un gremio de imbéciles, dirigido por clérigos tan estúpidos como despotas?

Ciertamente que no hay libre pensador capaz de cometer esa falta de educación. ¿Qué han de ser representantes de Dios los que no tienen siquiera nociones de la educación más rudimentaria?

Borrar de la sociedad española á hombres que presumen de maestros y ofrecen ejemplos de insolencias, de desvergüenza y de desaprensión como ese, es de necesidad apremiante. Si el dueño de ese domicilio arroja á palos y á botelladas al clérigo que le iba á importunar, como tenía derecho, porque cada uno en su casa es rey y nadie está facultado á penetrar en ella para molestarle, hubiérase producido un conflicto de consecuencias deplorables. ¡Y quién era el culpable! Pues un sacerdocio ignorante y despotico, incapaz de guardar los más elementales respetos sociales.

Sin duda, barrer esa casta insolente es una necesidad de la sociedad española, si ha de vivir con tranquilidad y hasta con curiosidad, porque la presencia de un clérigo como ese en un hogar, enuncia.

Dice El País: «El servicio obligatorio.—Real orden curiosa.—Servir á la Patria con las armas en la mano es el primer deber de todo español. ¿Está claro? Pues lean los que aplaudieron á Maura en la sesión memorable esta real orden que cortamos de la Gaceta:

«Visita la instancia promovida por D. Antonio Maura y Montaner, vecino de esta corte, calle de la Lealtad, núm. 18, en solicitud de que le sean devueltas las 1.500 pesetas que depositó en la Delegación de Hacienda de la provincia de Madrid, según carta de pago expedida en 22 de Diciembre de 1905, para redimir el servicio militar activo á su hijo D. Antonio Maura y Gamazo, recluta del reemplazo de 1905, perteneciente á la zona de Madrid.

«El rey (q. D. g.), teniendo en cuenta lo prevenido en el art. 175 de la ley de Reclutamiento, se ha servido resolver que se devolvieran las 1.500 pesetas de referencia, las cuales percibirá el individuo que efectuó el depósito, ó la persona apoderada en forma legal, según dispone el art. 189 del reglamento dictado para la ejecución de dicha ley.»

«Viva España! ¡A Marruecos! ¡Vengan frases, resuenen aplausos y... al hijo se le redime á metálico!»

En verdad que vivimos en eterna farsa política.

Escribe El Liberal de 2 del actual: «Está confirmada, y era conocida en nuestros centros oficiales desde las once de la noche, la muerte del rey D. Carlos y de su primogénito.

Al principio no nos allanábamos á creerlo, recordando lo escrito anoche por La Epoca y un suelto reciente de La Correspondencia de España, en que éste colega prevenía á sus lectores y á los demás periódicos con la siguiente categoría y autorizada aseración: «Cuantas noticias alarmantes se publican respecto de Portugal, son falsas; falsas en absoluto.»

Así, con esa seguridad, hablaba Juan Franco. Esas eran las verdades que Juan Franco extendía por el mundo entero, respecto á la situación de Portugal.



Ya lo saben ustedes: esa noticia alarmante sobre el asesinato del rey de Portugal, es falsa, falsa en absoluto, La Correspondencia lo fia.

MADRID

Así se titula un libro que acaba de llegar a nuestras manos. Su autor es Facundo Dorado. Concejal por Madrid, diputado electo por Madrid, Facundo Dorado ama intensamente a Madrid, donde vivió la primera luz, y ha puesto su corazón en este trabajo prestándole las luces de su brillante carrera universitaria, de literato y de periodista.

EL TEMPLO Y EL TALLER

A mi hermano Joaquín Montañón.

El rumor tranquilo y suave de la hacienda alborada, se interrumpe con estruendo, ante la lengua metálica de la campana sonora que al pueblo creyente llama...

En el taller ha sonado voz de vibrante campana, y allí acuden los obreros formando alegre comparsa de niños, hombres y adultos que al duro trabajo marchan entre canciones alegres y estruendosas risotadas.

EL 4 DE FEBRERO DE 1883

No fué el día 3, como hemos dicho equivocadamente, sino el 4 DE FEBRERO DE 1883, cuando apareció el primer número de Las Dominicales del Libre Pensamiento.

Hubiéramos querido reproducir hoy gran parte de aquel número, pero los sucesos terribles de Lisboa nos han obligado a dar la preferencia debida a esa tragedia de resonancia mundial.

La lectura de aquellos artículos hubiera puesto de relieve a los ojos del lector la unidad absoluta de pensamiento y de criterio moral que ha venido inspirando a nuestro periódico. Somos hoy lo que éramos ayer.

Esa unidad perfecta de espíritu se refleja en uno de los artículos de aquel número, que siendo de corta extensión, vamos a reproducir.

Titúlase ese artículo «Nicolás Salmerón». No mencionábase en aquel número ningún otro prohombre republicano. No hablamos tampoco de Salmerón político, nos limitábase a dar una pincelada sobre su representación en la evolución de la conciencia nacional. Nos acordábase, al escribirlo, del Salmerón que en la cátedra de la Universidad había sembrado en lo más hondo los gérmenes de la revolución de la conciencia española, y que en la tribuna, al aparecer, pronunciando aquel maravilloso discurso de la Internacional, llena de asombro al Parlamento haciendo decir a Ríos Rosas: «Ya tiene jefe la democracia española».

El público ha visto bien que hasta en ese asunto personal somos hoy lo que ayer: admiradores de la insuperable grandeza pensante y moral de Salmerón.

He aquí ese artículo que, en breves términos, sintetiza nuestro ideal iberista, nuestro ideal americanista, nuestro ideal socialista, junto con nuestra fe inmutable en los destinos que esperan a nuestra patria y a nuestra raza.

«Nicolás Salmerón.—Cuando con el tras-

curso de los tiempos el Antiguo Régimen cuyos cimientos crujen, venga en ruinas, y sobre ellas se aloe la República ibérica, con España y Portugal unidos, y ese continente que hemos levantado con nuestros hombros del fondo de los mares, enlazado a nosotros por los nobles vínculos de la fraternidad y la justicia, y no por los viles de amo y siervo, nos envíe sus virgenes é inagotables riquezas, merced a lo cual pueda nuestro hermano, el hijo del cuarto estado, sentarse al banquete de la vida; España, esta patria querida, poseedora de tantos elementos históricos, de que la mayoría de otras naciones carece, brillará con esplendor sin igual entre ellas.

Entonces, el genio de las artes, que nunca falta en los momentos de apogeo de los pueblos, enamorado de obra tan grande, dirigirá sus miradas al fondo de la Historia para encontrar los obreros que arrojarán sus cimientos, y sin duda verá destacarse entre todas, una extraordinaria figura que está aportando con sus brazos los más hondos y más firmes sillares; figura en la que se funden los rasgos de las más nobles razas que han sentado su planta en la tierra, y que por dicha nuestra han depositado en el suelo hispano, en sus tiempos de mayor apogeo, los frutos preciados de su civilización: la aria y la somítica.

No es extraño que entonces el artista, para dar satisfacción estética a su inspiración, erija en la plaza pública colosal estatua, en cuya frente cinco rayos del genio de los dos superiores representantes de ambas razas: del que hundiendo el pensamiento en la conciencia, supo sacar de ella torrentes de luz; del humano Sócrates, y de aquel otro que lanzando su espíritu a través del cielo azulado, buscó fuera la fuente de toda vida a Dios, y enlazó bajo él con amorosos lazos a todos los hombres: el divino Cristo.

Nadie, nadie puede negar a Nicolás Salmerón algo del semita y del griego, algo del filósofo y del profeta, fundido todo en apariencias externas, en aspecto, en actitudes, en movimientos, en palabras que traspiran grandeza; es una estatua viva que anda por el mundo. Poco queda que hacer al artista futuro.

Explicación de la sección de «Luz y Sombra».

Desde el primer número de nuestro periódico comenzamos a publicar una Sección que titulamos de «Luz y Sombra», la cual hemos continuado invariablemente.

«Un poderoso rey de la India condena al destierro a su hijo Rama. Este es el ídolo del pueblo, el héroe salvador de la patria. Cuando parte a cumplir el decreto de su padre, la población entera le sigue; gritos de dolor se oyen por todos lados; una muchedumbre inmensa se apaña en derredor del carro que le conduce, é interrumpe su paso.

«Pero lo extraordinario es que el mismo padre de Rama sigue también la comitiva, y es presa del sentimiento general, hasta el punto de que, no pudiendo soportar el peso del dolor, cae sin sentido sobre el polvo.

«Entre nosotros, varios ciudadanos se dirigen a otros diciéndoles: «Concedednos vuestros votos para representantes: somos republicanos fervientes, y es eterno nuestro amor a la República.» Merced a esta promesa, obtienen los sufragios que solicitan. Estos sufragios, que forman la naturaleza del representante, á modo que varias moléculas de un metal simple forman un pedazo de este metal, esos sufragios, que constituyen un ser esencialmente republicano del cual Cristiano, ó Eugenio (aludía al resacellamiento de Méjico y Montero Ríos), ó Blas, sea cualquiera el nombre que lleve, no es más que el signo, llegan á encarnar en un hombre que tiene lengua y labios.

«Pues bien: aquellos labios por esencia republicanos, que al moverse en el Parlamento ó en los conciliábulos políticos no pueden, sin faltar á la fe que les ha dado ser y naturaleza, pronunciar palabras que no sean republicanas, votan por la monarquía.

«Este es sombra.» Por cierto que estos dos sueltos nos los recitó de memoria un italiano llamado Matti, residente en Lorca, y á cuyas manos llegó por acaso nuestro periódico. Era un anticlerical

fogoso que abandonó los libros del Instituto para empuñar la carabina y marcharse á engrosar como voluntario las filas de Garibaldi. Establecido en España, y viéndose rodeado de un fanatismo tan negro como el que imperaba entonces en nuestro país, es indecible el efecto que le produjo la aparición de LAS DOMINICALES, no dando crédito á sus ojos cuando vió llegar aquella hoja impresa á sus manos. Prepagandista entusiasta de la publicación, no dejó de buscarnos la primera vez que vino á Madrid para expresarnos con su vehemencia italiana la impresión de asombro y alegría que le produjo la lectura de aquel periódico, cuya existencia en medio de la espantable reacción canovista y clerical que nos rodeaba, no se acertaba á explicar.

OBSEQUIO GUBERNAMENTAL

Seguimos la batalla comenzada hace veinticinco años. El gobierno ha querido, sin duda, conmemorar el día 4 de Febrero denunciando nuestro anterior número.

La persecución nos molesta, nos disgusta, á veces nos enfurece y nos indigna, pero no nos intimida. El mismo temple de espíritu tenemos hoy que hace veinticinco años.

«Honor inmenso para nosotros el haber sido objeto predilecto de las iras de ese Poder corrompido como lo hemos sido de Juan Franco!

Juan Franco, el enemigo de LAS DOMINICALES, ha entregado á su país al rey y al príncipe, asesinados.

El Poder monárquico español, enemigo jurado de LAS DOMINICALES, ha entregado á su país al extranjero, asesinando la patria España.

Y mientras el régimen monárquico que nos persigue destrufa la nación española, LAS DOMINICALES creaba la conciencia libre española. Digna de la monarquía corrompida ha sido la denuncia última de LAS DOMINICALES.

DISCURSO DE CALZADA

Los republicanos de Gijón, unidos en un sólo espíritu, han ofrecido espléndido banquete de doscientos cubiertos á Rafael Calzada. Este pronunció un inspirado discurso, del cual nos ocuparemos en el número próximo á falta de espacio en este.

Hay que llevar el espíritu unificador de ese acto, y ese discurso, por todo el país republicano, y se llevará.

Entretanto, mil enhorabuena a los republicanos de Gijón y á Calzada.

PASION POR «LAS DOMINICALES».

Sr. D. Fernando Lozano:

Mi muy querido y apreciado maestro: Si que me glorio de tener á usted por maestro; y es que, desde que lee LAS DOMINICALES, periódico que tan dignamente usted dirige, he aprendido tanto, y aprendo tanto que no se puede llegar á más. Los números que llevo leídos, arrojan tanta luz, que en realidad se puede decir, como creo que así sea, que el Libre Pensamiento es un destello de la naturaleza, y por él debemos trabajar mucho, porque el Libre Pensamiento es la Religión verdad, es la razón misma, es la ciencia constanciada.

Nuestros mayores padecieron tan lamentables errores, por seguir la oscuridad, las tinieblas; por seguir al clérigo, es decir, á otro ciego; por eso ambos han caído y caerán en el abismo. Pero no es eso lo malo, lo malo es que nosotros, los que vivimos en este siglo, sufrimos las consecuencias de la mala organización de las sociedades anteriores. (Por qué Porque se hallaban sumidas en la mayor ignorancia, y como consecuencia de la misma ignorancia, fanatizadas, pusilánimes y descreídas, dominadas por egoístas y gente sin conciencia, como á nosotros nos sucede hoy, que somos dominados por parásitos que debían ya hallarse arrinconados como muebles inservibles.

No molestando más su atención, mando como gusta á éste su seguro servidor y correligionario que le desea salud, Libre Pensamiento y República federal, pensadora y universal.

CARLOS CIFUENTES.

Iruñ, 13 Enero 1908.

MILAGRO, MILAGRO!

Devoto con una sencilla rita en premio á su fe. En el caso recientemente ocurrido en la parroquia de Santa María, de esta ciudad de Alcoy, nos han demostrado los adoradores nocturnos una vez más que su cabeza es tan oscura como las sombras de la noche y tan dura como la piedra de alioce.

Un obrero llamado Camile Valle Antoli, que después de trabajar la larga jornada del día, se fué á la vela nocturna, al bajar del altar mayor resbaló, dando con su cuerpo en el suelo y quedando mojado y sin poderse mover. Le llevaron de allí al lecho, de donde todavía no se ha levantado, y días ha dijo á sus amigos las siguientes palabras, que fueron insertadas en una hoja gratuita que publican los católicos, titulada El Enemigo del Pueblo, digo, El Amigo del Pueblo:

«Que reconozco con plena convicción que su perenne obra y disposición de la Suprema Providencia de Dios, á quien desea ir á dar las gracias en el mismo lugar y besar repetidas veces el pavimento.»

Muy bien, muy bien. Eso es ser un dignísimo católico.

Sin embargo, todavía son esas pocas pruebas para apreciar su santidad, y Dios debe convertirle en asno, caso de que no lo sea.

S. G.

CENTRO AMÉRICA Y LOS YANQUIS

El morir en la arena, defendiendo la justicia, defendiendo la patria, no es morir, sino resucitar en el alma de todo un pueblo. Tengamos honor, antes que existencia.

Como centro-americano, como hispano-americano, y, simplemente, como hombre, me considero con derecho perfecto para tomar participación en el negocio diplomático que ahora se ventila en San Salvador, iniciado por el señor ministro americano Merry contra el gobierno salvadoreño.

Me parece innecesario entrar en consideraciones sobre la injusticia del reclamo. El ministro de Relaciones Exteriores, ha contestado los cargos con acopio de razones y citas elocuentes de nuestras leyes. En ese fondo legal no pretende inmiscuirse por cierta profunda antipatía que en lo más íntimo del alma siento contra la ley escrita y sus enmarañados procedimientos. Prefiero la razón pura y la justicia pura, y es muy bien que esas dos sagradas entidades se hallan de parte del Salvador y de parte de Centro-América.

Ya no caben argumentos legales si se considera que el derecho internacional moderno es simplemente el derecho de la fuerza. La bestia bruta domina al mundo con furiosa violencia, y no queda otro recurso, para nosotros los débiles y los enfermos, que desafiar y pelear. Que no haya más discusiones, ni derechos, ni sanción, ni espíritu en las sociedades, puesto que las naciones fuertes tienen por oídos la reclamación de sus cañones y por ojos la inaudita avaricia de sus mercaderes. La luz huye derrotada; la justicia es palabra que no pronuncia su voz baja por los que habemos hambre, y sed de ella; el derecho solamente permie-

te en el papel; la verdad se revuelve desesperada en un océano de pasiones é intereses.

«Quién ha dicho que sólo imperios deben existir? ¡No hay cabida en el mundo para todas las fuerzas y corrientes! ¡No hay junto al sol y á los grandes astros, planetas de infima magnitud, y todo vive y todo se fecunda en el Universo!

«Exterminarnos por causa de nuestra pequeñez, es un crimen monstruoso. Así podría exterminar mañana el sol á la luna que nos alumbraba durante la noche, pero no aplaudiría el Universo, porque todo es necesario, porque toda vida es un átomo de la existencia sideral.

«A las veces se consigue el triunfo, reclamando el derecho en alta voz, y exponiendo la existencia. Expongamos de una vez la existencia de nuestras nacionalidades. Para que el mundo nos escuche es preciso que resuene por los campos de América y sobre las ondas embravecidas el estampido del cañón asesino, repercutiendo en las peñas y en los barrancos de nuestras montañas. Hay que despertar á la raza dormida con la trompeta del juicio final. Que vengan los cañones de Norte América y sus vándalos, para que destruyan nuestros frutos y sieguen nuestras mieses y derramen nuestra sangre en la tierra sin cultivo. Que sirva este abono humano para que ellos siembren y se harten después. A ellos pertenece el mundo porque pueden aplastarlo. Que el fragor de la hecatombe resuene en los oídos de cierta prensa mexicana que, olvidando los lazos de la sangre, desoyó las palpitaciones de un mundo que nació en la misma hora, junto á los ídolos aztecas, bajó los rayos del brillante sol americano y á la sombra de los sicómoros y los plátanos, ayuda á Norte América en su obra de exterminio, sin acordarse de Texas, ni de California. El cielo de Mictexuma se oscurece con manchas rojizas y el aljente de Juárez se extingue para siempre, como murieron en Norte América las egregias virtudes de Jorge Washington.

«Así se va extinguiendo el aliento de las razas, el alma de los pueblos subyugados y envilecidos, incapaces de solidaridad y fraternidad...

«Junto á Mac-Kinley, asesinado por un Bruto americano, se halla Roosevelt, el Augusto de la moderna Roma. Se está cubriendo con la púrpura, pero esa púrpura mancha sangre y la sangre es símbolo de muerte.

«Temblad ante ese recuerdo, imperios poderosos! Ya sabéis que Augusto incubó á Calígula y que Roma pereció después á manos de los vándalos. Atila se halla á las puertas.

«¡Latinal Centro América se halla de labrar una alma más bella mil veces que el alma norte-americana. ¡Comienza el mundo á comprender á la Argentina y á sentir el ímpetu del bello y hermoso sol de los trópicos, con cuyos resplandores se bañan y se agitan dos inmensos mares!

«Que nos quiten de una vez el sol los yanquis, este sol hermoso, el más puro y más brillante que cruza por los espacios siderales. ¡Que nos quiten esta tierra, la más rica, la más hermosa y la más fecunda de cuántas surgieron del hábito de la eroseción!

«Ya es hora. Ya suena el tropel del yanqui, se abre la columna y marcha al son del metal amarillo; del más vil de los metales. El carcaj de Mictexuma y el crujir de su cuerpo ensangrentado, sonará por última vez en los valles de México. ¡Paso á los americanos del Norte, que buscan oro!

«Pueblo de mercaderes, pueblo de hierro y acero, herid sin misericordia.

«Pero no gozaréis un siglo de vuestro triunfo. Tras de los céasares duerme Atila, y con el despertar de los conquistadores caen resonando en el abismo, uno tras otro, los imperios y los despotas.

«Que nos arrebatan de una vez este espléndido sol tropical, este cielo tormentoso, estos volcanes, de cuyas cimas se contemplan los límites del mundo, esta tierra húmeda y fecunda en donde el destino nos dió campo para plantar la tienda. Hagamos nuestro testamento con desafío homérico; pero extirpemos antes á los que han derramado por gusto la sangre centro-americana, y que no les aproveche la traición!

«Vamos á ellos, pueblos, para castigarlos como perjuros y vengar á la justicia ofendida!

J. MARÍA MONCADA.

(De un folleto publicado en la República del Salvador.)

BUEN SONETO!

Es característico, excepcionalmente característico de la soberbia tierra aragonesa, este brindis compuesto por el poeta zaragozano Casañal:

«Un trago á tu salud, querida España que á los moros echaste á garrotazos y blincando por céquias y ribazos tuvieron que meteros en tierra extraña.

Otro por tí, Aragón, y por mi maña y por Carlos el maño. A trabucazos, el imperio francés hicimos plaza.

«Bien lo amolamos, bien, en la campaña! En mi tierra bebamos vino puro que gúelve nuestro brazo más seguro.

«Refinimos, si hay por qué, con nuestro padre. Por eso, no hay cadillo que nos ladre ni majo que nos vante en la porfía... Otro trago... y van tres, Virgen María.

SUSCRICION

Para la colección Calzadas. Suma anterior 193,90.—D. Ginés Salar, y otros, de Linares, 23,35; D. Antonio Pérez Masón, Cepeda de la Sierra, 2,00; D. Rosendo Sierra, Madrid, 5,00.— Total 225,25 pesetas.



QUEN A HIERRO MATA A HIERRO MUERE

«Elegías de El Imparcial». Roma, 23 Enero 1908. En Savona, la bella ciudad del golfo de Génova, llegó ayer á trágico desenlace un drama de amor dolorosísimo. Súpose primero que la señora Ana Mangili, una de las hermosuras de Savona, se había suicidado tomando una dosis de estricnina, y la noticia impresionó profundamente á todo el mundo. Pero cuando la prensa ha contado el suceso con todos sus detalles, la emoción ha sido tan grande, que no se habla de otra cosa. El origen de esta tragedia data de 1898. Ana Mangili tenía entonces veintiseis años y vivía en Milán, casada con un notario, del cual tenía una hija de siete años llamada Luisa. Hermosa y apasionada, sufría el tormento de verse unida á un hombre desamorado y esquivo, incapaz de comprenderla ni de amarla con la ternura que ella tenía ser inextinguible. En esta soledad espiritual, Ana se vio galateada por un joven artista milanes, el pintor Mucchi. Rechazólo tenazmente primero, aunque sintiendo que su voluntad vacilaba. Pero tales pruebas le dió Mucchi de su enamoramiento, con tal fuerza hizo revivir el ansia de felicidad de su alma desolada, que Ana un día se entregó á él. Los amantes, por imposición de Ana, que no quería arrojarse las consecuencias de su delito y no se creía capaz de disimular su pasión, huyeron, llevándose á la niña Luisita, y se establecieron en Savona. El notario pidió para evitar el escándalo, y ni siquiera hizo gestiones para que le devolvieran su hija. Ana no quiso vivir con Mucchi para que su deshonra no recayese sobre la inocente Luisita. Habitaban, pues, los amantes en casas distintas, aunque Mucchi pasaba la mayor parte del tiempo en casa de Ana, nunca fué oficialmente para los vecinos de Savona, más que un amigo cariñoso. «Aunque Mucchi, desde que en plano idílico, Ana seguía hermosísima y su amor hacia Mucchi parecía aumentar con el tiempo. Mucchi continuaba también amándola tiernamente. Luisa en tanto florecía y su belleza llegó á ser uno de los encantos de la ciudad de Savona. El verano pasado murió en Milán el notario, esposo de Ana, y ella creyó llegado el momento de volver á su situación, casándose con Mucchi. Desde aquel momento, el pintor empezó á frecuentar apenas la casa de su amante. Debía ir á las visitas que eran breves, y al volver, se iba á su estudio á trabajar. Ana tuvo un doloroso presentimiento. Por algunas veces notó que los años, que respetando sus amantes, habían pasado por ella sin dejar huellas imborrables. Sintió una inmensa angustia. Y agitados cuantos recursos le usó para su amor para apaciguar de nuevo el corazón de Mucchi, decidió, sin desearlo todavía, que debía separarse y trasladarse á la ciudad de la desgracia, al fin de la situación. Habló elegantemente á su amante y le vió vacilar, pero cuando le contó la causa de su decisión, Ana á punto de aceptar las veleidumbres de Mucchi, por no llegar al horror de la verdad. Pero, al fin, con supremo esfuerzo, le obligó á consentir. La revelación del artista hizo casi silencioso y á la vez triste. Repetía ella como insoportable de su amor, que sus amantes habían aceptado. Pero, como ella había sospechado es que Mucchi había algo más horrible. Y Mucchi confesó que estaba enamorado de Luisa y que Luisa le amaba también, tiernamente. Ana se quedó aterrada. El mismo Mucchi se separó de ella, prometió romper sus amores con Luisa, como que hizo por medio de una carta, y desde entonces dejó de visitar el hotel en que estaban, emocionado como había conmovido y á donde tan honrosos dolores había causado. Luisa, sin comprender lo que pasaba en el hogar, empezó á llorar y á su madre la carta de Mucchi. Ella sabía que destruyera el corazón de su madre; imploraba de ella una compasiva intervención que le devolviera su felicidad. Ana se podía al consolar á su hija. Limitábase á decirle que ella sin poder articular palabra. Luisa empezó á enfermarse. Pasaba semanas enteras encerrada en su cuarto gimiendo sin tregua. Su rostro se puso lívido, espectral. Los médicos declararon que se moría, que la mataba un dolor inmenso, inconsolable. Ana lo sabía y no se sentía con valor para salvarla. Ana envió á pedir rápidamente. En todo Savona se empezó á sentir que de aquella casa, antes hogar de la dicha, trascendía un dolor desesperado. El silencioso drama fué comentado en los salones y en las calles y el hotel tuvo un sobrenatural éxito de lágrimas. En un momento de desesperación que lindaba ya con la demencia, Ana llamó un día á su hija, y le dijo: «Puedo devolvarte tu felicidad y estoy decidida. Únicamente he de advertirte que para que seas dichosa es inevitable que yo me muera de verdad». Y, precipitadamente, atropelladamente, para no tener tiempo de arrepentirse antes de acabar, lo dijo todo, lo confesó todo ante su hija y se suicidó. Adolorada y nada más, escuchó Luisa, que había entrevisto un rayo de esperanza. Y su madre, dándose rápidamente cuenta de aquel forzoso hecho, que «descubría» como madre y como enamorado, puso fin á la escena diciendo: «Te casaré». Cumplido el sacrificio y queriendo Ana, en un momento de su propio dolor, llevarla hasta más allá de lo humano, preparó la boda y hasta demostró complacencia en dar singular encanto á los más nimios detalles. Hace ocho días quedó completamente ahogada en un hotel de los novios, y ayer se celebró la boda con fasto y alegría. Terminado el almuerzo, durante el cual Luisa y Mucchi, olvidados de todo lo que no fuese su amor, dieron una vuelta por el jardín de Ana y de los

convidados nuestras de singular ternura, los recién casados fueron á una breve excursión. Por la noche volvieron á Savona y entraron en su hotel. Luisa tuvo empeño en desnudarse sola y penetró en el dormitorio, del cual salió á los pocos instantes dando horribles gritos. Mucchi entró sospechando que algo extraordinario ocurría y vió, tendido en el lecho nupcial, el cadáver de Ana. Sobre un velador había una carta en que la desventurada mujer confesaba que se daba la muerte porque ya no podía resistir más el dolor de ver á su hija en brazos de Mucchi. —Tegesch.

CONTRA EL CARNAVAL

En El Balaarte, se publicó el año anterior este vivo y digno artículo: «Nota desista.—Da lo que fuera una fiesta peregrina, culta é ingeniosa, sólo nos ha quedado el mal olor. El Carnaval en Sevilla huele á sumidero. No es la prostitución descarada, sin vergüenza ni decoro, pero con el arte de la lascivia, con el ingenio sutil y la belleza, unas veces natural, otras veces en la indumentaria; sino la bajonería chocarrera, ineducada, rústica, asquerosa, y las más de las veces hasta criminal. Estos tres días de Carnestolendas, parecen destinados en Sevilla para arrojar el estiércol casero en medio del arroyo. La niña curuj, olvidándose del aseo interior, se barniza el rostro tábido de mañuca de rifa, y se coloca en el balcón de casa á molestar á todo viandante que pase inadvertidamente por debajo. Unas veces hace la gracia de romperla el sombrero, y otras veces se le tira cascabel del fango... ¡Y risa y más risa! La gracia queda impune cuando pasa un hombre con educación y buen ojo, y cuando ve, en la familia de la muñeca, ojos como de cerdos... Otras veces va usted por su camino, y cualquier zamaco, aprovechándose de la concurrencia, le tira un pelotazo y le salta un ojo. ¡Qué risa! A todo esto, los agentes de la municipalidad y de la vigilancia ostentando en las bocacalles de que los coches vayan en fila, para que haya armonía en esa procesion de riquezas y trapos que se exhibe en concurso á la pública curiosidad que va á pie. Y nada más, porque esos pobres vociferadores que van en carro turbando la tranquilidad y llenando las oídas del aire de herresos inarmónicos con el fin humano de ganarse el jornal divirtiéndose y divirtiéndose, á nadie molestar á los señores de la «Pública» con sus vítores, á la cultura con sus diatribas y á quien los aguantan con sus bombones. En los bailes, ya es otra cosa. El templo de Terpsícore se conserva puro de la Tabacalera. La Sección de Higiene se ve privada en estas noches de exigir la patente legal con que el vicio y el Gobierno tienen hecho su Concordato. Hay libertad, libertad omnimoda, restringida únicamente por el garrote marital, brusco y fuertísimo, ó por las sorpresas desagradables de la mujer indolente, que estimula el escándalo como medicina más preclida que la persuasión y el cariño. Viejos y jóvenes, curas y seglares, contentos y descontentos, dejamos la vergüenza con la capa en la guardarropa, y nos vamos derechos al ambigro para entregar el dinero que le debemos al teatro. Así como todo se acaba en el mundo, con el último desengaño y con las primeras luces del miércoles de Ceniza, se acaba también esta fiesta loca, en la que los hombres perdemos la dignidad, el dinero y la salud; las mujeres lo que quieren perder; y... los empresarios, nada. Porque el hospital es el encargado de reparar los perjuicios. Así habla un hombre de las ideas nuevas, un ferviente republicano y revolucionario. El Carnaval es un inmundo legado de la Tradición católica. Pecar y recibir la absolución; estirar la vida bajo la Iglesia. Detrás del Carnaval, la cuarsma; tras la orgía, la penitencia. «Tenéis permiso», decía la Iglesia á sus fieles, para entregaros á todos los delitos de la concupiscencia, pudiendo cubrirlos el rostro á fin de ocultar hasta el pudor y gozar sin tasa de la licencia. Luego ayunáis y confesáis, y el pecado queda completamente borrado. Eso es un infame ultraje á la moral. La virtud no admite excepciones. La honradez no usa jamás careta. El disfraz es una degradación de la personalidad humana, y nuestros tiempos de derecho y de justicia, no pueden tolerar más esa violación indigna, sensual, asquerosa. El Carnaval debe desaparecer. Autoridades católicas, autoridades protectoras de la bacanal y de la orgía, fuera, fuera!

EL GRAN FARSANTE

Hasta El Imparcial, cuyo corresponsal portugués procura quitar importancia á cuanto ocurrió en Portugal, comienza á alarimarse y á negar que Juan Franco es un farsante peligroso. Habla del dictador portugués y dice: «Háblase de quien inventa esas estrependas conspiraciones, que con unas docenas de revólveres amenazan dar al traste con la monarquía lusitana. Con tales arbitrios logra José Franco amenazar á las clases conservadoras y, al mismo tiempo, justifi-

car las prisiones de republicanos, las suspensiones de míting electorales y el silencio impuesto á la prensa. Con invenciones como esas va preparando Franco también el terreno para obtener del rey el decreto de suspensión de garantías, que en último caso será su suprema arma electoral, para aplazar las elecciones al llegar Abril, ó para realizarlas en medio de tal presión, que sea imposible al partido republicano llevar un sólo diputado á las Cortes. Claro es que esto es un juego harto peligroso y que puede romperse la cuerda antes de que Joao Franco la haya anudado completamente á su gusto.» Menos mal que ya le van conociendo hasta los más ciegos. Juan Franco, como todos los grandes farsantes que viven de la tramoya, el engaño, la mentira, sin respeto á derechos, vidas y haciendas de los demás, reventará cualquier día como globo inflado de huao que hiere la chispa eléctrica.

Todo eso estaba escrito días antes de la catástrofe; pero he aquí que el mismo día primero por la mañana, El Imparcial, desmintiéndose á sí propio, da cabida á la información engañosa de su corresponsal de Lisboa donde éste le afirma que allí no pasa ni pasará nada.

La «Liga de los Derechos del Hombre», POR NAKENS

La «Liga de los Derechos del Hombre» francesa, que ha venido á ser una fuerza jurídica de primer orden, ante la cual se inclinan todos los gobiernos franceses, ha acordado en una reunión celebrada en Nantes, la siguiente «Orden del día».—La «Liga de los Derechos del Hombre y del Ciudadano», en Asamblea general reunidos en Nantes en 15 de Diciembre de 1907; Considerando que Nakens está preso desde hace cerca de diecinueve meses, por haber dado hospitalidad de una noche á un ser humano en absoluto desamparo y que se le hubiera pedido bajo juramento de honor de guardarlo al secreto; Considerando que es preciso apreciar el acto de consideración y no la persona en cuyo beneficio fué efectuado; Considerando que está establecido y probado que Nakens no participó jamás de las ideas de destrucción del hombre que se acogió á su generosa y desinteresada protección; que no obró al socorrerlo más que movido por la más sublime idea de altruismo. Que obrando como lo hizo, probó una vez más que pertenece á la parte más perfecta de la humanidad, á la cual honra, la «Liga de los Derechos del Hombre» en París y en Nantes, se une á la elocuente súplica iniciada por Pérez Galdós y firmada por el general López Domínguez, marqués de la Vega de Armijo, Moret, Canalejas y los hombres más eminentes de España y del mundo civilizado. Suplica á S. M. el Rey de España que escuche la voz de su conciencia y los consejos de los que han sido sus ministros muchas veces, y no los de aquellos cuyos corazones están cerrados á todo sentimiento de generosidad, para usar del privilegio que la Constitución le confiere, otorgando la libertad á Nakens, Mata e Ibarra. Pensando en su tierno niño, el rey no dudará un solo instante y devolverá enseguida á sus tres padres á sus desconsoladas familias. La Asamblea general de la «Liga de los Derechos del Hombre» en Nantes, después de haber oído y examinado la moción presentada y defendida por el doctor Sánchez de Silveira, la adopta y vota por unanimidad. Confiriere asimismo por unanimidad al doctor Sánchez de Silveira, amplios poderes para que obtenga en nombre de esta Liga en favor de Nakens, Mata e Ibarra.»

Los autos de fe en España.

«El día antes de la ceremonia, una procesion compuesta de carboneros, de dominicos y de familiares, salía de la catedral, á la luz de las antorchas; se dirigía hacia la plaza y plantaba cerca del altar una cruz verde cubierta de un crespon negro. Los dominicos se quedaban cerca de ella de guardia y pasaban toda la noche salmodiando el canto de los difuntos. «A las siete de la mañana, el rey, la reina, los príncipes y toda la corte aparecían en los balcones; algunos instantes después una procesion salía del santo oficio. Cien carboneros, armados de picas y moquetes, abrían la marcha; este privilegio lo gozaba únicamente su gremio con tal de proporcionar la leña y carbón para quemar sus parientes y hermanos; seguían luego los dominicos, precedidos de una cruz blanca, detrás de ella veía al duque de Medinaceli con el estandarte de la Inquisición en la mano, á consecuencia de un privilegio concedido á su familia. Este estandarte se hallaba formado de una tela color sangre teniendo en un lado las armas de España, bordadas en oro, y en el otro una ródeada por una corona de laurel; los grandes de España y las familias del santo oficio escoltaban al duque. Detrás de ellos y en dos filas iban los infelices condenados á ligeras penitencias, sin distinción de edad ni sexo, con la cabeza y los pies desahucados, vistiendo un sambenito de tela con una gran cruz de San Andrés pintada en el pecho y en la espalda; estos eran acusados de primera clase; los de segunda se hallaban condenados á galeras, azotes ó á la cárcel; se encontraban separados de la primera categoría por un intervalo de soldados y capuchinos; la tercera se hallaba

separada de igual modo de la segunda y se componían de los que habían confesado sus profundos crímenes en el tormento habiendo alcanzado el favor de ser estrangulados antes de que se les echase en la hoguera; vestían un sambenito en el que se veían pintado llamas y demonios, llevando un birrete de cartón de unos tres pies de alto, llamado corozca y adornado igualmente con figuras infernales. Los obstinados, los relaposos y todos los que debían ser quemados vivos, formaban la última clase, vestían como los anteriores, con la diferencia de que las llamas pintadas en el sambenito eran ascendentes; algunos iban amordazados y comunicados los inquisidores tomaban esta precaucion con jóvenes mujeres que habían violado, ó con niños sobre los cuales habían ejercido su lujuria horrible; todos los individuos de esta categoría iban escoltados por dos familiares y dos frailes. «Cada condenado, fuese cualquiera su clase, llevaba un cirio amarillo en la mano; los que no podían andar y los que tenían los pies encerrados en horsegues seguían la procesion en un carro. Después de los vivos seguían los muertos; pues ninguno de los que habían espirado en el tormento evitaba la infamia del auto de fe y cada cadáver se hallaba colocado en un féretro sobre el cual se levantaba una effigie de cartón que llevaba el nombre de la víctima. «Una inmensa cabalgata compuesta de consejeros de la suprema inquisición y de los miembros del clero, cerraba la marcha; y detrás de todos, escoltado por su guardia de corps, iba el gran inquisidor con un traje color violeta y montado en un caballo magníficamente engarzado. Cuando el cortejo llegaba á la plaza, todo el mundo se dirigía al sitio que se le había indicado; luego un sacerdote celebraba el divino oficio hasta el evangelio; después el gran inquisidor dejaba su sillón y revistiéndose con una capa y una mitra, se acercaba al real balcón para que el soberano hiciese un juramento por el cual los reyes de España se obligaban á continuar en la fe católica, á estirpar la herejía y á proteger con todo su influjo al tribunal del santo oficio. El rey poniéndose de pie y con la cabeza descubierta, pronunciaba la fórmula del juramento, la cual repetían los circunstantes; luego un dominico subía al púlpito y hacía un sermón donde elogiaba los servicios que la religión prestaba con el santo oficio; por fin el relator leía en alta voz las sentencias de los condenados, quienes la escuchaban metidos en una jaula de rodillas. Después se les conducía al anfiteatro en los sitios que se les había reservado para antes ir al suplicio. «Concluida la misa, el gran inquisidor dejaba nuevamente el sillón y pronunciaba la abolicion de aquellos que se habían reconciliado con la Iglesia; en cuanto á los otros condenados eran entregados á la justicia secular, colocados en sapos y llevados procesionalmente al quemadero, donde se hallaban tantos montones de leña como víctimas. Se empezaba por quemar las estatuas de cartón y los cadáveres; luego se ataban los condenados á los postes que se levantaban en el centro de cada montón de leña y la única gracia que se concedía á algunos consistía en preguntarle si quería morir como infante cristiano; si decían sí, el verdugo los estrangulaba antes de pegar fuego á la leña; en cuanto á las otras víctimas, las llamas los devoraban mientras ellos cantaban un himno de alabanza á Dios. Tales eran las formalidades de estas bárbaras ejecuciones que los frailes llamaban autos de fe. «En un auto de fe un protestante gritó al pasar frente al trono real: «¡Oh príncipe poderoso; gozáis de ver atormentar á vuestros súbditos; salvados de la cruel muerte que no mereceremos! Felipe II, replicó: «No, maldito; ir al fuego eterno y sabed que yo llevaría la leña para mi hijo si fuese acusado de herejía.» Tales son los autos de fe que el pueblo español renunció y aplaudió durante muchos siglos, y más de 120.000 personas entre españoles y extranjeros fueron condenados inopinadamente á morir en la península para la mayor gloria de Dios.»

El capelo de Don Gregorio.

Leía yo, días pasados, la Gaceta de Madrid, y tropecé con lo siguiente: «Proyecto de Ley.—Artículo 1.º Se concede un crédito extraordinario de pesetas 25.000 á un capítulo adicional del presupuesto del Ministerio de Gracia y Justicia, con destino al pago de los gastos de imposición del capelo cardenalicio, al arzobispo de Burgos, D. Gregorio María Aguirre. Terminó la lectura y me quedé como quien ve visiones. «Pero señor, me preguntaba yo, no estará sufriendo ¡Será esto posible todavía, en el siglo XXI! Y me restregaba los ojos pasándome la mano por la frente, como queriendo aclarar vista y entendimiento, pero nada, allí estaba grabado por la imprenta. Aún quisiera hacerme la ilusión de que la Gaceta mentira. ¡Es tan mentirosa esa señorial Mas esta vez no ha mentido, para desgracia del pobre contribuyente español. Es un hecho ya. Las Cortes han aprobado ese proyecto de ley, y por consecuencias allí van ya, camino de la ciudad del Papamoscar, las 25.000 pesetas. ¡Bontia cifra, para sustraer de la emigracion y vergonzosa que presenciámos, á veinticinco familias indigentes! Pero ahora, desde que la sabia y discreta República francesa ha cerrado el botellito á esa caterva de vividores, el Papa dirá que nosotros somos los predilectos hijos de la Iglesia y no los franceses, y por eso; naturalmente, nos prodigará capelos, y largando dosis de veinticinco mil pesetas, asegurándonos así la patente que hace tiempo disfrutábamos de mentecatos é ignorantes. ¡Pobre España y cómo se reirán de ti por esos mundos!» UN LIBREPIENSADOR.

Tharsis, 16 Enero 1908.

BIBLIOGRAFÍA

«Qué es la Masonería moderna? — Traducción directa del alemán, por Jelen; g. 38. Biblioteca del Masón Moderno, Atocha, 147. Madrid. Precio 0,50 pesetas. Exposición sumaria del ideal masónico conforme al sentido y espíritu alemán. Dois Dias D'Ociosidade-Na Suica.—Um Atheu e um theologo, por Dr. Decema. Sentida, pura, elevada poesia, en que se representa la discusion serena de un deista y un materialista, sentados junto á emugosa pedras, teniendo á los pies el azul del lago de Ginebra, á lo lejos el Monte Blanco y detrás el sombrío Monte Jura. Los crímenes del confesionario: Historia del padre Junco. — Por R. Ortit. Bartolomé Mitre. Buenos Aires, 1907. Opusculo publicado por el batallador periódico de Buenos Aires, El Paladín, donde se relatan las hazañas del fraile tunante que reclutaba por docenas las amantes en el confesionario. Tres ediciones se llevan hechas del opusculo, que tiene un interés sugestivo. El celibato de los curas. — Novela de propaganda librepensadora, por Francisco Gicca. (Tercera edición.) Chilvilcoy (Argentina). Está escrita con la maestría y la pasión anticlerical que distinguen al fogoso director de El Progreso. «Son eterna las penas del infierno? Casa editorial de Carbonell y Esteva.—Rambla de Cataluña, 118, Barcelona. Precio, 0,25 pesetas. Interesante folleto donde se reproduce la ruidosa polémica sostenida en la prensa de Manila (1902), por D. Salvador Pons, uno de los sacerdotes católicos más ilustrados y mejor inclinados, contra los fanáticos y despreciables dominicos de la Universidad de San Juan de Letrán. Desamortización del capital: Su influencia en las instituciones jurídicas, por D. Aurelio Velasco Padrino, ex-oficial del Consejo de Estado y secretario de Sala del Tribunal Supremo.—Precio, una peseta; Quintana, 25, Madrid. Es un estudio publicado por cuadernos, que merece seria y atenta reflexión de los poderes públicos y de cuantas personas quieren conocer á fondo la grave cuestion sobre que versa. (Van publicados dos cuadernos.) La Moral Católica: La Sollicitación.—San José de Costa Rica, imprenta de Avelino Alcina, 1907. Estallido de justa indignacion contra la moral corrompida de San Alfonso de Ligorio, maestro de los confesores á quienes entregan sus esposas y sus hijas los borregos católicos. Librepensamiento en acción. En Barcelona. El día 24 de Enero fué conducido á su última morada el cadáver de la virtuosa señora que se llamó doña Francisca Company de Ferrá y de Vich, cariñosa madre del culto periodista barcelonés D. José Vich y Company. Al entierro, que fué civil, asistieron gran número de amigos de la finada y de su atribulada familia. En Sitges. Ha fallecido en Sitges el honrado obrero D. Salvador Mirabent y Vergés, quien dejó dicho en disposicion testamentaria que su entierro fuese civil, como consecuencia de los ideales que en vida profesaba. Su familia respetó la voluntad del finado, encargando á los fervorosos librepensadores D. J. Miró y R. Montané todo lo referente al entierro. Los clericales pusieron algún obstáculo, pero en la alcaldía manifestaron que los entierros civiles eran tolerados por las leyes, y que por lo tanto, consideraban arbitrario atender al ejercicio de un derecho incuestionable. Al entierro asistió la banda de música «La Palma», que rompió una sentida marcha fúnebre. Llegados al cementerio civil, se procedió á la inhumacion del cadáver, dirigiendo el ciudadano D. A. Bösch á la numerosa concurrencia una patética oracion fúnebre encomiando las relevantes dotes y cualidades que adornaron al finado. SALVADOR S. Obras de «Demófilo». DE VENTA EN LA ADMINISTRACION DE LAS DOMINICALES. Instruccion para enseñar el mecanismo de la lectura y escritura á los adultos en una semana.—Un ejemplar..... 0,25 Cartilla Pasifista..... 0,25 Paquete de 25 ejemplares..... 4,00 Nuevos Evangelios. 1.—«Qué es el Socialismo?—Ha tenido gran éxito en España y en el extranjero..... 0,25 «Qué es el Librepensamiento?—Segundo Evangelio..... 0,25 Batallas del Librepensamiento.—Coleccion de artículos (varios denunciados) de la primera época de LAS DOMINICALES..... 1 Pasados del Semanal.—Cuadros de la España mística del siglo XVI..... 2 Radiofonismo y federalismo.—Folleto de propaganda republicana..... 1 A los suscriptores y corresponsales el 25 por 100 de rebaja.